

RUSIA A TRAVES DE UNA TEORIA DE SPENGLER

POR VIRGILIO DOMINGUEZ

La teoría de Spengler sobre las pseudomorfosis históricas tiene una aplicación perfecta en el ejemplo que él mismo propone: Rusia. En rigor, las doctrinas relativistas del pensador alemán ya están en la actualidad sujetas a revisión. Friedell y diversos pensadores han emprendido una campaña contra esas teorías pesimistas, que parecieron decir la verdad definitiva inmediatamente después del desastre de la guerra mundial. Por consiguiente, el juzgar la historia de Rusia al través de un mirador tan especial como es el pensamiento de Spengler, no puede ofrecer otro interés que el que se conceda a la teoría misma. Las doctrinas expuestas en la "Decadencia de Occidente" podrán contener muchos errores, eso se encargará de aclararlo la crítica ya tan vigorosamente iniciada. Pero como todas las grandes obras que han hecho época en la historia del pensamiento, dejará un gran fondo de verdad. ¿Cuál será esa supervivencia? La crítica se encargará de decirlo. Me atrevería a afirmar, sin embargo, que su concepción relativista de la sociología constituye la aportación definitiva de este pensador, y dentro de ella, pocas teorías tan interesantes como la de las pseudomorfosis históricas, al través de la cual voy a examinar la evolución del pueblo ruso.

Estudiando la historia de este pueblo desde el establecimiento de Rurik en Novgorod hasta la organización del Soviet, se convence uno de lo nefasto que es para un pueblo adquirir todas las artificialidades de una cultura exótica que no se adapta a su alma nacional. Spengler no pudo haber escogido mejor ejemplo. Un pueblo eslavo, con influencias normanda, tártara, armenia y bizantina, no podía adaptarse a una civilización que en su parte científica venía de Alemania y en su parte decorativa de la Corte de Versalles.

La teoría de las pseudomorfosis históricas del pensador alemán no es sino una aplicación de su doctrina central de la "cultura" como sujeto del fenómeno social. El mérito principal de Spengler consiste en haber fundado la sociología relativista al combatir dos grandes

tesis del siglo XIX, la concepción de la humanidad como síntesis, como sujeto del fenómeno social, y la ley del progreso indefinido de la misma. Por eso es tan original la actitud que adopta cuando nos dice que no existe la humanidad como síntesis, cuya historia se resume en la conocida división tripartita de Edad Antigua, Edad Media y Edad Moderna. Lo que hay no son ni la humanidad, ni las naciones, ni los estados; lo único real son las "culturas". ¿Qué son las "culturas"? Tres son las grandes "culturas" que ha producido la humanidad: la cultura apolínea, la mágica y la fáustica. Cada una de ellas ha adoptado una actitud específica ante la vida. Esta actitud específica es lo que constituye el símbolo de la "cultura", su *sentido*, su impulso emocional, el cual se ha expresado en las formas. La "cultura", pues, no es sino un lenguaje de formas manifestado en la arquitectura, la pintura, la escultura, etc., en una palabra, el arte. Cuando el impulso emocional se agota, al lograr su objetivación por su completa expresión en las formas, la cultura está caduca y condenada a desaparecer. Dos, pues, son los conceptos que deben distinguirse en la filosofía spengleriana, el impulso emocional o *sentido* de la "cultura", y su materialización en las formas. Más adelante veremos cómo de estos dos conceptos se parte para construir la teoría de las pseudomorfosis históricas.

La idea, lo mismo que la denominación, los toma Spengler de la mineralogía. En efecto, entre los fenómenos cristalográficos que estudia ésta se encuentra el pseudomorfismo, cuya descripción a grandes rasgos puede hacerse como a continuación la expreso. Todas las especies minerales cristalizan en una forma definida y distinta; pero, en ocasiones, debido a la acción de los agentes naturales y por razones que no es del caso citar aquí, un mineral de cierta composición química cristaliza en una forma que corresponde a otro mineral de muy distinta composición. Tal es el caso de la barita, que a veces cristaliza en la forma del cuarzo, de tal suerte que en esos casos ofrece la apariencia de este último, no obstante que su composición química es enteramente distinta. Esto es lo que en mineralogía se conoce con el nombre de pseudomorfismo. La pseudomorfosis, sin embargo, nunca se verifica de un modo completo; tan sólo se realiza en el exterior. En el interior, el cristal ofrece los caracteres cristalográficos que corresponden a su verdadera composición química, de tal suerte que la apariencia cristalográfica exterior está en contradicción con los caracteres internos. Como se ve, este fenómeno de la mineralogía se presta a una translación perfecta al campo de los fenómenos sociales, como lo hace Spengler al presentarnos el caso del conflicto de "culturas". Veamos la exposición del mismo.

Cuando una "cultura" cualquiera se encuentra desarrollando libremente su "sentido", el aspecto exterior está en perfecto acuerdo con la estructura interior: las formas visibles de la misma nos reve-

lan el impulso emocional que las genera. Interior y exterior, subjetivo y objetivo, *sentido* y "formas" concuerdan; el desarrollo es orgánico y natural. Por el contrario, cuando una cultura extraña yace sobre un pueblo joven—para emplear las mismas palabras de Spengler—, el *sentido* de la "cultura" de este último se ve obligado a cristalizar en formas que no le pertenecen, o sean las impuestas por la cultura dominadora. Entonces el pueblo se ve obligado a vivir una historia falsificada, artificial. El *sentido* que anima su "cultura" no alcanza su completo desarrollo, y al incorporarse a formas que le son extrañas, se materializa en una estructura exterior en completa discordancia con el *sentido* interior. Esto es lo que se llama una pseudomorfosis histórica. Para comprobar su perfecta aplicabilidad en el caso de Rusia, necesitamos, por una parte, estudiar la evolución de este pueblo desde sus más remotos orígenes hasta el momento actual, haciendo observar cómo se ha verificado la pseudomorfosis al través de esta larga evolución.

La historia del pueblo ruso, o la de los diversos pueblos eslavos, para ser más precisos, comienza en el siglo IX. Dispersos en la inmensa llanura de la Europa Oriental, emigran parcialmente al Danubio y ocupan la península balcánica. Los pueblos eslavos en esta época están divididos en multitud de tribus dispersas que no ofrecen cohesión entre sí y que luchan las unas con las otras. La labor de consolidación y la aparición de las nacionalidades eslavas se realiza más tarde. Entre todas estas tribus encontramos al pueblo ruso, que con el tiempo llega a ser el centro polarizador de la cultura eslava. Al principio lo vemos residir en los lagos y bosques situados al este de Lituania. Más tarde llegan los normandos mandados por Rurik y lo someten, estableciéndose todos ellos en Novgorod. Posteriormente se trasladan a Kiev, y en el año de 988, Vladimiro, ya convertido al cristianismo ortodoxo, se casa con una hermana del emperador de Bizancio y convierte a todo su pueblo a la nueva religión. Así aparece una de las influencias dominantes en toda la historia antigua de Rusia, la influencia bizantina. Siglos después, ya establecido en Moscú, el pueblo ruso, lo mismo que los demás pueblos eslavos, es sometido al yugo de los tártaros. El dominio de los tártaros dura desde el siglo XIII hasta el siglo XV, cuando Ivan III se emancipa del gran Kan en 1480.

En lo que llevamos visto, dos influencias han intervenido en la historia de Rusia; la bizantina, del Imperio de Oriente, y la mongólica, de los tártaros. Quizás pudiéramos afirmar que ya se iniciaba aquí un principio de pseudomorfosis, pero ésta aun no se opera, pues ambas influencias son orientales como Rusia misma. Desde Ivan III hasta el advenimiento de Pedro el Grande aparecen otras influencias: la protestante, de las provincias suecas del Báltico, y la católica, de Polonia. La primera se inicia por medio de los alemanes luteranos

llevados a Moscú por el zar después de una incursión a Livonia. La segunda, por medio del falso Demetrio, que al casarse con una polaca adquirió afición por este pueblo, llevando a Moscú a varios polacos para servir como funcionarios. Después de estos sucesos no encontramos otras influencias extranjeras sino hasta en la época de Pedro el Grande. El acontecimiento más grande en este intervalo lo constituye la reforma religiosa realizada por el patriarca Nikon. La corrección a los antiguos textos trajo como consecuencia el cisma de los "raskolnikis". La enorme conmoción que produjo esta reforma nos revela la mentalidad del pueblo ruso, que, como todo pueblo primitivo, difícilmente acepta una reforma. No había que extrañar, pues, la tremenda oposición a las próximas innovaciones, éstas sí de carácter occidental.

La verdadera obra de pseudomorfosis se realiza en época de Pedro el Grande, esta figura tan discutida en la historia de Rusia. Descuidado en su educación en la niñez, lo vemos asociarse libremente con los muchachos del barrio extranjero. Su íntima amistad con Lefort y Gordon son el primer peldaño en su labor de llevar a la corte de Moscú un numeroso cuerpo de funcionarios extranjeros. Desde niño revela su admiración por la cultura occidental y sus tendencias militaristas, en el constante trato que mantuvo con sus camaradas extranjeros y en el bien conocido episodio de la formación de compañías de soldados de diversión. Cuando los Strélitz lo proclaman zar le dan oportunidad de realizar reformas que aparentemente cambian por completo la vida del pueblo ruso. Prescindiendo de narrar en un orden cronológico todos los sucesos ocurridos en el larguísimo reinado de Pedro el Grande, veamos cuáles son, en síntesis, las reformas realizadas en dicha época.

En el orden material tenemos, antes que nada, la fundación de San Petersburgo, motivada no por causas naturales, sino principalmente por el deseo de Pedro el Grande de tener la capital del imperio en una ciudad de tipo occidental. La epopeya de la fundación de esta ciudad la encontramos en los detalles patéticos de su fundación. Campesinos traídos de todas partes de Rusia, sin alojamientos, recursos ni útiles, son los encargados de edificarla. El saldo de vidas que arroja la construcción de la nueva ciudad constituye una muestra de lo que costó esta obra de occidentalización. Por algo escribió Dostoyevski, al decir de Spengler, el ruso por antonomasia: "Petersburgo es la ciudad más abstracta y artificial que existe." Por ello también Aksakov dice a Dostoyevski: "La primera condición para que el sentimiento popular ruso encuentre libre expresión, es odiar a Petersburgo con el alma entera y todo el corazón", o como comenta Spengler, "Moscú es sagrado, Petersburgo es Satanás". La formación del ejército y la flota son las otras grandes obras de

Pedro el Grande. El primero, copiado en su organización, uniforme, armas y grados del ejército alemán; la segunda, inusitada en un país que pocos años antes no tenía salidas sino en un mar helado, como el Blanco, y uno cerrado, como el de Azov.

En el orden religioso la reforma principal consiste en suprimir el cargo de patriarca, que había quedado vacante con la muerte de Adrián, y en la organización del Santo Sínodo, copia de los consistorios luteranos. La institución del procurador general, funcionario seglar encargado de vigilar y dirigir el Santo Sínodo, completa la reforma, acabando con el antiguo dualismo de zar y patriarca.

No menos importantes reformas se hicieron en el orden político. La institución del "Senado Gobernante", copiado de Suecia, y el establecimiento de colegios de funcionarios, tomados de otros países de Europa, nos revelan el carácter artificial y hasta ridículo de esta labor de occidentalización. Apenas se puede concebir la existencia de un senado y de colegios de funcionarios en un pueblo como el ruso, en donde los monarcas siempre han sido absolutos. Lo absurdo de esta innovación lo encontramos en el nombramiento de un procurador general encargado de hacer trabajar al senado. Por una parte se designaba a éste con el pomposo título de "Senado Gobernante", ordenándose que debía obedecersele como al zar, y por la otra se establecía un simple funcionario administrativo nombrado por éste, que, investido con la misión de hacerlo trabajar, hacía nugatoria su soberanía.

Las reformas que mejor caracterizan la época petrínica son las hechas en las costumbres y ceremonias de la vida social. El casi obligado afeitado de la barba, la introducción del hábito de fumar y el uso del traje europeo chocan encontradamente con la tradición rusa. Las razones religiosas, las costumbres que venían desde la dominación tártara, así como las encíclicas del patriarca Adrián, son inútiles: las asambleas en las casas de los nobles, ridículas caricaturas de las reuniones de la Corte de Versalles, se llevan a cabo a pesar de todo. Podría decirse que Rusia ofrece en aquella época el aspecto de un sainete, si no fuera por la honda tragedia que presenta la muerte de miles de aldeanos y de soldados, motivada por las construcciones y campañas de Pedro el Grande. En su reinado se realizó la pseudomorfosis rusa.

El gobierno de Catalina II es una manifestación todavía más evidente de la influencia occidental. Catalina II pertenece al grupo de gobernantes del siglo XVIII, que realizan el régimen del despotismo ilustrado. Como José II, de Austria; Carlos III, de España, y Pombal, de Portugal, estuvo influenciada por Voltaire, Montesquieu, Diderot y demás enciclopedistas. Mantuvo correspondencia con Voltaire durante muchos años. Era literata, autora de memorias, comedias

y dramas históricos. Intentó hacer de su administración lo que todos los déspotas ilustrados, un gobierno regido por la filosofía. La división administrativa del Imperio en distritos, cada uno de los cuales tenía una asamblea de nobleza, demuestra esta influencia. La asamblea de diputados convocada por Catalina, integrada por miembros de la nobleza y representantes de las ciudades y de los campos, es una copia de los Estados Generales de Francia. La imitación se extrema más aún por la lista de quejas que cada diputado traía de sus representados para exponerlas en la asamblea. En el objeto de esta asamblea, el formar el Código del Imperio, vemos la influencia de Montesquieu. Fue tendencia de casi todos los Romanov persistir en la tarea de occidentalización iniciada en la época petrí-nica, pero después de Pedro el Grande nadie superó a Catalina en esta labor.

El siglo XIX constituye la contrapartida rusa de la occidentalización. Exceptuando la primera parte del reinado de Alejandro II, que se caracterizó por reformas liberales tomadas de los países europeos, los demás zares realizaron una franca labor de aislamiento y rusificación.

Alejandro I, influenciado por Metternich, formó la Santa Alianza, cuya finalidad era combatir el progreso de las ideas liberales. En su reinado se hizo en Rusia una gran campaña para impedir la propagación de las ideas europeas. Se prohibió el envío de estudiantes rusos a universidades alemanas y la admisión de alemanes en las escuelas rusas. La política de aislamiento abarcó todo, afectó la libertad de prensa, asociación, de enseñanza, etc.

Nicolás I continuó la política de su padre. Ahogó en sangre la insurrección polaca y sofocó la conspiración de las sociedades secretas del sur en favor de la República. Para impedir la penetración occidental desterró la enseñanza de la filosofía de las universidades, limitó el número de estudiantes en éstas, creó la famosa Tercera Sección de la Cancillería, policía secreta encargada de descubrir conspiraciones. Fue un zar autócrata que empleó su poder absoluto en detener el avance de la penetración europea.

Alejandro II siguió una política en la primera parte de su reinado y otra diametralmente opuesta en la segunda. En un principio hizo reformas liberales tan importantes como la abolición de la servidumbre, lo que le quitó a Rusia su aspecto medioeval. Organizó la justicia, la administración y la enseñanza sobre principios liberales entonces en boga en Europa. Posteriormente, influenciado por el partido nacional de Moscú, lleva a la práctica una política tan absolutista como la de su antecesor. Sus excesos y su conservatismo provocan la formación de los terroristas rusos, que acaban con su vida.

El colmo de la regresión al pasado lo encontramos en Alejandro III, con su obra de rusificación. Atropellando los derechos de Polonia, Lituania, de las provincias del Báltico y de Finlandia, trata de imponer el idioma ruso como obligatorio, la religión ortodoxa como nacional, establece las monedas rusas, el correo, etc. Se llega al extremo de exigir que los rótulos de las mercancías en las tiendas estén obligatoriamente redactados en ruso y que los dependientes sólo contesten en este idioma. Con esta labor de paneslavismo termina el siglo XIX, que apenas si ofrece un pequeño paréntesis con la conferencia de La Haya, convocada por Nicolás II, sucesor de Alejandro III.

Haciendo un balance de la Rusia del siglo XIX, tenemos que admitir que los zares, más que tratar de defender el alma rusa, trataban de afianzarse en el poder, combatiendo todas las ideas liberales. No hay regresión a la época anterior a Pedro el Grande; hay simplemente una labor de defensa de intereses políticos. La pseudomorfización de Rusia estaba consumada.

En todo lo que va del siglo XX, el fenómeno social más importante no sólo de Rusia, sino del mundo entero, es la implantación del comunismo. Con un prólogo en el movimiento social de 1904, sofocado por medio de la metralla, años más tarde el partido bolsheviki derriba a Kerensky y se apodera del gobierno. En un orden cronológico podemos sintetizar los movimientos político-sociales rusos del siglo XX, de la manera siguiente:

En 1904 estalló y fracasó el movimiento encabezado por la Unión Social Demócrata. En 1917 cayó la dinastía de los Romanov, debido a la revolución que colocó a Kerensky en el poder. El trágico epílogo de la familia imperial en Ekaterimburgo puso fin a la hasta entonces considerada más sólida dinastía de Europa. El gobierno de Kerensky fue derribado, acusado de burgués, y asumió el poder el partido comunista ruso, que hasta la fecha lo conserva. El régimen bolsheviki busca llevar a la práctica las doctrinas de Marx, que teniendo como finalidad la supresión de la propiedad privada, precognizan como medios de alcanzarla la lucha de clases, la dictadura del proletariado y la República del Trabajo. Rusia se encuentra actualmente, según los bolshevikis, en la tercera fase y trató de llegar a la última por medio de la Tercera Internacional, cuyas conclusiones trata todavía de realizar en todo el mundo.

¿Cómo pueden explicarse todos estos sucesos tan interesantes por medio de la teoría de Spengler? En rigor el proceso parece haberse invertido, pues lejos de ser en la actualidad Rusia la "pseudomorfizada", sus doctrinas se extienden por todas partes y constantemente leemos en la prensa nuevos brotes comunistas ocurri-

dos en diversas partes del mndo. Rusia no es ahora la cultura joven que yace agobiada por una cultura extraña; por el contrario, se ha convertido en centro difusor de sus doctrinas. El bolshevismo parece ser, pues, una contradicción a la doctrina que estudiamos.

Spengler explica este fenómeno diciéndonos que el comunismo es una nueva forma de pseudomorfosis y que es la última consecuencia del petrismo, del cual se deriva al través de Tolstoi. La misma facilidad con que se destruyó la nobleza zarista, que no ha producido brotes de restauración, es la mejor prueba de lo falso de las creaciones de Pedro el Grande. Spengler afirma que no hay nada más extraño al alma rusa que el comunismo. Es la extrema anulación de lo metafísico por lo social. Si la fundación de Petersburgo fue la primera hazaña del Anticristo, la destrucción de la sociedad creada en éste ha sido la segunda. Nos explica este pensador cómo fue posible el triunfo del bolshevismo, diciéndonos que lo que ha dado fuerza a esta revolución no ha sido el odio a la *inteligencia*, sino el pueblo que sin odio, sólo por el afán de curarse de una enfermedad, destruyó el mundo occidental, barajando las cartas que finalmente acabará por destruir. El bolshevismo es, pues, según su opinión, sólo un estado transitorio del cual habrá de surgir gloriosamente la verdadera alma rusa. Todo esto lo expresa cuando nos dice: "El cristianismo de Tolstoi fue una equivocación. Tolstoi hablaba de Cristo y entendía por Cristo a Marx. El cristianismo de Dostoyevski es el del próximo milenio."

Todavía no se puede emitir una opinión definitiva sobre el bolshevismo, sin incurrir en ese vicio común en la observación de los fenómenos sociales que Lester Ward llama "ilusión de proximidad". Las diversas modalidades que ha ofrecido éste en un período tan sólo de doce años, tales como el tránsito del comunismo radical a la nueva política económica de Lenín, así como la burocratización de la actual administración soviét, hacen imposible predecir cuál será el saldo definitivo de este movimiento. La aplicabilidad de la teoría de Spengler queda, pues, pendiente para esta última fase de la evolución rusa. Su valor como tesis queda subordinado, como lo expresé al principio de este trabajo, al que se conceda a la doctrina general del mismo, es decir, a la concepción relativista de la sociología y a su doctrina de las "culturas" como sujetos del fenómeno social.